





LENGUAJES

LA BELLA Y LA BESTIA
MICHAEL TAUSSIG

17

LOS PASTORES Y LA RESPONSABILIDAD EN EL MANEJO DE LAS FINANZAS EN LA
IGLESIA PENTECOSTAL DEL ÁFRICA OCCIDENTAL

ASONZEH UKAH

41



LA BELLA Y LA BESTIA

BEAUTY AND THE BEAST

MICHAEL TAUSSIG

TRADUCCIÓN SALLY STATION

PRIMERA PARTE	EL VERDUGO
SEGUNDA PARTE	EL CRIMINAL
TERCERA PARTE	EL NOMBRE DISEÑADO
CUARTA PARTE	LA SONRISA DISEÑADA
QUINTA PARTE	LA MOMIA
SEXTA PARTE	EL CUERPO DISEÑADO
SÉPTIMA PARTE	LA BAILARINA
OCTAVA PARTE	EL ESCOTE TABÚ

17

■

LA BELLA Y LA BESTIA

MICHAEL TAUSSIG

¿L

A BELLEZA ACARREA INEVITABLEMENTE LA TRAGEDIA? ¿Qué pregunta! Por supuesto que no. Sin embargo, ¿no es la belleza un regalo de los dioses que, como todo regalo, llega con una cierta dosis de ansiedad? Esto es aún más probable en las realidades de los cuentos de hadas que rodean lo que se ha llamado “la dominación de la naturaleza”, lo cual significa el intento del ser humano por intervenir la naturaleza incluyendo, en el caso del embellecimiento del cuerpo humano, la cirugía plástica y la liposucción. Al igual que al embalsamar los ríos y viajar a la luna, no menos que al cambiar bicicletas por automóviles, estos procedimientos ponen a prueba la paciencia de los dioses, por decirlo así, en el lenguaje implícito del cuento de hadas. No obstante, a diferencia de los cuentos de hadas con sus finales felices donde triunfa la justicia, Jack vence al gigante y las lágrimas de la Bella convierten a la Bestia nuevamente en el príncipe guapo, los cuentos que traigo a colación hablan de la desgracia y hasta encuentran una lúgubre satisfacción en los intentos de embellecimiento trágicamente fracasados. De ahí el título de este artículo.

Mi primera historia de desgracia trata acerca del viraje de los médicos, de la preocupación por las enfermedades corporales hacia el tratamiento de la apariencia física. Nuestros médicos hacen fila para volverse esteticistas, al punto de descuidar las enfermedades asesinas; o por los menos de relegarlas a la provincia del proletariado de la profesión médica, entre cuyas filas se encuentran muchos graduados de escuelas extranjeras de medicina. Olvídate de aquel infarto o de esa insuficiencia renal. ¡Qué se ocupen los zánganos! Ya que tienes tu Juramento Hipocrático en la mano, y las más altas calificaciones durante toda la carrera universitaria en la escuela de medicina, puedes dedicarte a la cara y a la apariencia del cuerpo humano. En los Estados Unidos, la especialización en dermatología –que incluye por supuesto la cirugía estética– es la preferida entre los médicos graduados. “Es una circunstancia desafortunada tener que escoger entre dedicar una hora a un paciente con diabetes e hipertensión y ganar cien dólares o aplicar *Botox* y ganar dos mil en la misma hora”, dice el doctor Eric Parlette, un dermatólogo de Massachusetts, en un informe reciente

del *New York Times*. No es por lo tanto sorprendente que haya una escasez de médicos de cuidados primarios o de tipo familiar en los Estados Unidos¹.

No hace falta ser supersticioso ni moralista de la vieja escuela para sentirse un poco incómodo con este cambio de acontecimientos que se está tomando el mundo. El capitalismo ha evolucionado desde sus comienzos cuando el consumo cumplía un rol secundario tras la producción. Hoy en día, lo que se consideraban bienes y servicios “de lujo” –desde los teléfonos celulares hasta el mismo *Botox*– es lo que hace girar el mundo. Se llama China, pero también es el consumidor americano endeudado que sirve de modelo para el resto del mundo. Antes era la hipertensión, ahora son las arrugas en tu cara o tu barriga, gordiflón.

El aroma del cuento de hadas que percibo en este cambio mayor en el capitalismo mundial tiene que ver con la seducción por el brillo y el “*guau*” o maná que tienen los objetos encantados: lo que Georges Bataille llamó *dépense* o el amor a lo espléndido, y al gasto derrochador como motor que impulsa la lucha humana y la historia mundial, en ninguna parte más acentuada que en la guerra, el carnaval, la religión y el sacrificio. Pero no es simplemente una seducción a través de la belleza; esta atracción también se apoya en una pasión por lo macabro y la destrucción. Y, por lo tanto, esta dimensión mítica o fantástica de destrucción, que no se puede separar de la atracción, yace en el corazón mismo de esta nueva forma de economía mundial.

¿Pero por qué esta preocupación por los cuentos de hadas? ¿No fallecieron hace mucho, o respiran artificialmente con la ayuda de los padres de familia bien intencionados y la insensibilidad de la Corporación Disney? ¿Y no yace la memoria que tenemos de ellos en un oscuro espejo, enredada con la visión que tiene la imaginación del adulto de la imaginación del niño?

De todas maneras, el cuento de hadas goza de una vida exuberante –aunque clandestina– en las noticias cotidianas, como se pudo observar hace muchos años en la tienda trasera de una librería parisina donde un grupo de aficionados solía reunirse para discutir lo que llamaban la “sociología sagrada”. ¿Les estoy inventando mi propio cuento? ¡No! Es un hecho. Cáusticamente expulsados por los “verdaderos surrealistas”, fundaron sus propias revistas y lugares, tales como aquel en donde Roger Caillois dirigió su conferencia “La sociología del verdugo” en 1939, un verdadero *tour de force*.

1 *New York Times*, May 3, 2008, p. A10

Natasha Singer, “For Top Medical Students, Appearance Offers an Attractive Field,” *New York Times*, March 19, 2008, pp A1, 12.

PRIMERA PARTE: EL VERDUGO

Al igual que James Joyce quien en el *Ulises* narra un día en la vida de un judío llamada Bloom en Dublín, Caillois hace el relato de la muerte del “alto verdugo” de la República –un hombre de setenta y seis años llamado Anatole Deibler–, el 2 de febrero de 1939, a través de los artículos de la prensa diaria. Así pudo Caillois hurgar en las páginas de *Le Figaro*, *Excelsior*, *Paris-Soir*, *L’Intransigeant*, *La Liberté*, *Ce Soir*, *L’Époque*, *Le Jour*, *L’Ordre*, *l’Humanité*, *L’Action Française*, *L’Ère Nouvelle* y *Le Petit Parisien* –¿Cuál ciudad hoy en día podría jactarse de poseer tantos diarios?– hasta encontrar el folclor, los cuentos de hadas, y el misticismo detrás de la imagen que tiene la sociedad de la pena de muerte. A través de estos periódicos Caillois inventó un modo de análisis poderoso y rápidamente olvidado que yo espero, por lo menos en parte, revivir en estas páginas.

Es de anotar que Caillois presentó esta conferencia apenas tres años después de la publicación de “El narrador”, ensayo de Walter Benjamin en el cual el periódico se percibe como algo que destruye el acto de contar cuentos porque trafica con la información, que básicamente entra por un oído y sale por el otro. Mientras que Benjamin entendió el mundo en términos de tradición contra modernidad, y por lo tanto pudo lamentar lo que percibió como el fin del cuentacuentos, los “sociólogos sagrados” como Caillois mantuvieron una perspectiva más matizada en la cual lo moderno fue modificado por lo sagrado. Por lo tanto la “información” en sí fue contaminada por el cuento de hadas, algo que mantenía a Benjamin rumiando mientras se sentaba a disentir en las últimas filas de algunas de las discusiones de los sociólogos sagrados en aquella trastienda de la librería parisina. Por lo menos así lo cuentan.

Es también notable que la investigación de Caillois tuviera lugar el mismo día en que se muere el verdugo. ¿No es una de las casualidades inspiradas y tan anheladas por lo surrealistas, sobre todo los sociólogos sagrados con su fascinación por el sacrificio? Así, como el máximo sacrificio es el del dios que se sacrifica a sí mismo, el antropólogo Marcel Mauss, gurú de los sociólogos sagrados, proporcionando de esta manera el modelo de todo sacrificio, nos asegura que también la muerte del verdugo provee un tesoro oculto de anécdotas provenientes de la prensa, con las cuales pudo Caillois tejer una red luminosa de oposiciones que ligan el rey con el verdugo, “el uno en la brillantez y resplandor y el otro en la oscuridad y la vergüenza”.

Lo que percibe Caillois en la galaxia presentada por los artículos de prensa es la conexión íntima que une el rey con el verdugo. Los dos son seres excepcionales que parecen a la vez cercanos y lejanos, al punto que tendemos a “identificarnos con ellos y al mismo tiempo a alejarnos, en un solo movimiento de aidez y repulsión”.

Ya hemos reconocido la constelación sicológica
 Que define la actitud del hombre frente a lo sagrado.
 San Agustín lo describe al confesar
 Que arde cuando piensa en su semejanza con
 El divino, y tiembla con horror cuando
 Se acuerda cuán lejos todavía está de él².

El verdugo es un hombre tímido y tranquilo, enamorado de su pequeño perro y sus juegos de naipes, pero maldito y aislado, que sufre en cada centímetro de su ser. Es a la vez ordinario y extraordinario, odiado y temido, y goza de muchos privilegios. Conocido como el Señor de París, se viste como el mismo rey con un sombrero de copa, imagen que reencontramos siglos después en la representación del dios o *loa* haitiano conocido como el Barón Sábado –el espíritu del cementerio–, y desde hace mucho tiempo, figura principal del vudú, la cual supuestamente fue imitada por el presidente de Haití, *Papa Doc* Duvalier³.

A pesar de su proximidad con el rey, el verdugo francés existe fuera de la sociedad. Supuesto habitante de las zonas urbanas frecuentadas por criminales y prostitutas, se le acreditan los poderes de la brujería y la curación. “El verdugo toca los dos mundos”, dice Caillois.

Su mandato viene de la ley pero es el último de sus sirvientes, el más cercano a las regiones oscuras y periféricas donde se mueven y se esconden las mismas personas contra las cuales está luchando. Pareciera surgir de una zona horrible y desordenada hacia la luz del orden y la legalidad⁴.

SEGUNDA PARTE: EL CRIMINAL

Al ser capturado, el famoso criminal también surge “de una zona horrible, desordenada, hacia la luz del orden y la legalidad”. El 8 de agosto de 2007, el diario colombiano *El Tiempo* anunció inesperadamente una noticia –en un tiempo extrañamente más pretérito que el mismo pasado–:

ASÍ CAYÓ CHUPETA, EL CAPO DE LAS SEIS CIRUGÍAS

Debajo del titular, y extendiéndose a todo lo ancho de la página, apareció una tira de seis fotografías en blanco y negro de las seis caras distintas, ningun-

2 Roger Caillois, “The Sociology of the Executioner,” pp 234-47 in Denis Hollier (ed.) *The College of Sociology*, translated by Betsy Wing (Minneapolis: University of Minnesota Press), 1988, p. 240.

3 An image brought home with great panache, I might add, by the appearance of the Haitian god or loa known as the Baron Samedi, spirit of the graveyard and since a long time the leading figure of voodoo, said to have been imitated by the President of Haiti, Papa Doc Duvalier.

4 Roger Caillois, “The Sociology of the Executioner,” pp 234-47 in Denis Hollier (ed.) *The College of Sociology*, translated by Betsy Wing (Minneapolis: University of Minnesota Press), 1988, p. 243.

na más grande que una estampilla, alineadas para formar una serie cronológica titulada:

LA METAMORFOSIS

EL tiempo
8 agosto 2007
p. 3

"CHUPETA"

por un día por
"La Televisión!"

The police could
only identify him
'as by the spazles."
Robinson's
Kiss



En 1996, cuando se sometió a la justicia y evadió su extradición.



En el 2005. Se alteró las orejas, los párpados y las mejillas.



En el 2005, se adelgazó el mentón y su nariz se angostó.



En el 2006, intentó engrosar su rostro nuevamente.



Ayer, los estragos de las cirugías eran evidentes.



"Chupeta" cayó a las 2:55 a.m. de ayer en Sao Paulo, Brasil.

La primera foto muestra el criminal capturado, *Chupeta*, como un joven bien apuesto con una cara larga, labios fruncidos, pelo negro brillante, peinado hacia atrás y una piel lisa y sin manchas. Podría ser un modelo promocionando un producto para el cabello. El pie de foto cuenta que así se veía en 1996, cuando logró un acuerdo con las autoridades al confesar el delito de tráfico de treinta toneladas de cocaína a cambio de sólo cuatro años de prisión. (Más tarde el diario reportó que la DEA informó que fueron setecientas toneladas que transportó *Chupeta*).

En esa misma época fue asesinado su socio *Cuchilla*. A los seis meses de salir de la cárcel *Chupeta* se escondió, luego de que una corte en Washington diera orden de su captura y juicio en los Estados Unidos. Poco después, Laureano Rentería, su mano derecha, fue envenenado con cianuro y murió en su celda unos días antes de poder encontrarse con las autoridades estadounidenses que tenían el poder para extraditarlo.

E igual a un cuento de hadas, se dice que *Chupeta* tendría millones de dólares escondidos en caletas, lo que en inglés significa algo así como un “stash” o un “hoard” y que en español deriva de la palabra “bahía”, lo cual sugiere para mí una hendidura en una superficie plana, una especie de escondite, como los utilizados por los piratas para enterrar su tesoro, o hasta un pliegue secreto, es decir privado, de la anatomía humana.

Para *Chupeta*, perderse en el anonimato quería decir esconderse en la caleta más grande, en su nueva cara, acompañado de otras transformaciones mágicas: hubo una supuesta muerte, pero al preparar su resurrección del mundo de los muertos también faltaban nuevos nombres y pasaportes –y más cirugía plástica–.

A través de un agente infiltrado en el Ejército colombiano hizo creer que había muerto. Mientras tanto los cirujanos se encargaron de cambiarle la cara, y probablemente sus huellas digitales, mientras viajaba a México, Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil donde en algún momento entre el 2005 y el 2007 se radicó como el ciudadano italiano Marcelo Javier Unzue.

No menos dramática que la muerte –inclusive una falsa muerte–, es la secuencia de representaciones de este hombre –o más bien, de esta cara huyendo–, los tortuosos intentos de jugar con las dotes de Dios: la nariz, los labios, las orejas, el mentón, la línea del cabello, las cejas, los pómulos y párpados (¿he dejado algo afuera?). Efectivamente, a medida que sigues de izquierda a derecha la secuencia de las caras creadas por los cirujanos plásticos, parece una especie de muerte y resurrección cada vez más siniestra. ¿Será porque las caras son cada vez más feas, es decir más antipáticas y miedosas, que horrorizan? ¿O es el simple hecho de que haya cambiado algo que se creía durante mucho tiempo incambiable, fascinante, mejor dicho, la cara humana, el amarradero de la identidad?

“Me siento traicionada”, se queja la eminente cirujana estética de São Paulo, Lorití Breuel, que inocentemente llevó a cabo las últimas tres cirugías luego de aquella que se hizo en los Estados Unidos. Acababa de enterarse, dijo ella, de la verdadera identidad de su paciente que, como le acaban de explicar, ordenó más de trescientos asesinatos. “¡Pero era tan simpático!”, lamentó la doctora. Su equipo de trabajo traga calmantes para lidiar con el choque.

¿Y quién no se sentiría traicionado? Observa esa obra de arte final, una no-cara, un pretexto grotesco de una cara, una máscara de carnaval con planos anchos y aplastados, los ojos sobresalientes y blancos, como pelotas de golf, y una sonrisa ancha y estirada, más bien parecida a una mueca de dolor constante.

En vista de los altos intereses en juego, el pobre hombre se vio obligado a alterar su cara transformándola en algo cada vez más horrible, como si, al igual que Fausto, estuviera tan confabulado con el diablo que terminaría pareciéndose a él, o por lo menos al diablo en uno de sus días menos brillantes, pues el diablo es también un transformista altamente calificado y es a veces, según me cuentan, sumamente buen mozo.

Al final fue la voz del hombre la que lo traicionó; unas muestras fueron ingresadas a lo que *El Tiempo* llama el “banco de voces” de la DEA y así se confirmó su identidad. La cara es lo que afirma nuestra identidad espectacularmente, además de muchas otras cosas. Pero, ¿no lo es de igual forma esa entidad invisible, la voz? Qué extraño es, entonces, que casi nunca reconocemos nuestra propia voz y así nos desconocemos, mientras que la DEA o nuestro perro querido, con su oído animado y pendiente de un comando, nos reconocen fácilmente.

Estimulado por la captura de *Chupeta*, el periódico *El Tiempo* publicó unos días más tarde el titular “Cirujanos del bajo mundo” con una página de historias dedicadas al ambiente tenebroso de personas que a través del mundo entero se mantienen ocupados en transformar las identidades de los malos. Tales “cirujanos” podrían operar tan fácilmente en burocracias estatales, como en hospitales y clínicas, borrando archivos y reemplazándolos por nuevos. La “cirugía plástica” se ha vuelto entonces como una metáfora para el mundo de Proteos.

La microcirugía de las huellas digitales es una obsesión tanto para los malos como para los policías. Algunos cirujanos “reescriben” delicadamente las espirales de los dedos, otros las mutilan para que no quede ninguna huella legible, mientras que otros cambian las huellas de los dedos del pie por las de la mano. También existen unos métodos menos técnicos: se habla de un hombre desesperado en Bogotá que se comió las puntas de sus dedos para evitar su detección. Lo cual no es nada comparado con la mujer que le cortó el dedo índice a su esposo difunto, guardándolo en el congelador y utilizándolo para seguir cobrando su pensión mensual.

No falta el salvajismo en la historia del capo mexicano Amado Carrillo, el *Señor de los cielos*, quien en julio de 1997 murió bajo el bisturí, no de un cirujano plástico sino de tres, incluyendo el del colombiano Ricardo Reyes Rincón. Cuentan que esta operación para transformar al *Señor de los cielos* duró unas ocho horas; un cirujano trabajaba la nariz, el otro llevó a cabo lo que se llama la liposucción radical para reducir la grasa abdominal. Unos días más tarde, los tres cirujanos amanecieron muertos, muy muertos, envueltos en cemento, los ojos vendados y las manos esposadas, con huellas de quemaduras, maltrato y estrangulación⁵. La mutilación es extremadamente común en las figuras del bajo mundo, asesinadas por otras figuras del bajo mundo y podría considerarse –¿no es cierto?– como otra forma de cirugía plástica, ambas formas respondiendo a un deseo aparentemente básico de alterar de manera fundamental la sustancia y la forma preciosa que es el cuerpo humano.

Wikipedia muestra dos imágenes de la cara de Amado Carrillo. La primera es un retrato en blanco y negro con tonos cafés, tomado directamente de frente, exactamente como algunas imágenes del joven Cristo, dulce y noble, con su pelo largo y su barba. La segunda es de perfil y los colores repelentes muestran la cabeza del hombre luego de la cirugía, apoyada en las voluminosas almohadillas blancas del ataúd, su piel rosada manchada de violeta, las encías descubiertas para mostrar la prominente dentadura del hombre. Verdaderamente divina, la belleza no conoce caída más triste que la de ésta hacia la bestialidad.

TERCERA PARTE: EL NOMBRE DISEÑADO

Su nombre es *Chupeta*, del verbo “chupar”, tomado de un dulce vendido en Colombia. Por sencillo que parezca, no fue fácil averiguar el significado del nombre. Las personas que entrevisté alrededor de la ciudad de Cali estaban perplejas e imaginaban que tendría algún significado escondido, algo secreto y extraño perteneciente a un criminal del bajo mundo. Los sobrenombres de por sí no son siempre fáciles de entender y es aún más difícil cuando se trata de los del bajo mundo. Viene a la mente el análisis que hizo Freud del chiste y su relación con el inconsciente. Los sobrenombres son delicados, pues combinan la fuerza gráfica y fijadora con una noción de cambio. Los nombres escogidos pueden ser cómicos, irónicos, dramáticos, miedosos –acuérdense de *Cuchilla*–, o simpáticos –*Chupeta*–, y son netamente más notables que, por ejemplo, John o Juana. Esta designación es una especie de “bautismo” hacia una identidad móvil. Es más, el mismo fenómeno de poner sobrenombres ocurre tanto entre paramilitares, como entre los capos de los carteles, o por lo menos así me

5 Wikipedia entry for Amado Carrillo.

lo han contado los que conocen la Costa Pacífica de Colombia; hay nombres como el *Enano*, el *Flaco*, el *Loco*, *Kalimán* –tomado del hombre misterioso de una serie radial famosa–, y *Bocanegra*. A su vez, los enemigos de los paramilitares, los guerrilleros, cambian de nombre también, aunque de acuerdo con su sobriedad, optan más bien por un nombre común y corriente como Manuel Marulanda –de Pedro Antonio Marín–, Jacobo Arenas –de Luis Morantes–, Raúl Reyes –Luis Édgar Devia Silva–, Simón Trinidad alias Federico Bogotá –de Juvenal Ovidio Ricardo Palmera Palmera–. Son escasos los sobrenombres coloridos para líderes guerrilleros y hasta cuando se dan, carecen de aquel saborcillo que tiene la jerga enigmática del bajo mundo. Marulanda, durante décadas el jefe del ejército guerrillero de las FARC, cargaba con el sobrenombre de *Tirofijo*, por ejemplo, mientras que Víctor Julio Suárez Rojas, alias del temido guerrillero Jorge Briceño Suárez, se conoce por toda Colombia como el *Mono Jojoy*, un apodo más bien simpático.

Por aburridos o exóticos, juguetones o siniestros que sean estos sobrenombres, las prácticas de apodar tienen la virtud de alienar los nombres e incluso las mismas prácticas de designar, permitiendo ver los nombres de manera más consciente, menos dada por sentado, quizá así los nombres parecen etiquetas que se pegan y se despegan de las personas, y sugieren formas de vida doblemente vividas. El paralelo con la cirugía plástica es esclarecedor.

Un apodo se sitúa entre el verdadero nombre de alguien y un nombre falso, en un espacio parecido al que ocupa la ambigüedad de una cara o un cuerpo alterado por la cirugía plástica. De un lado, esta cara o este cuerpo se parecen a un nombre falso, y es en este sentido inauténtico y perturbador, más para algunas culturas que para otras. Pero por otro lado, un apodo no es tanto falsedad como adorno, y los problemas que tienen que ver con la autenticidad y la fidelidad con el propio cuerpo, su edad, su apariencia, y su destino, son irrelevantes.

CUARTA PARTE: LA SONRISA DISEÑADA

Una cosa es reestructurar una nariz o un seno. Pero, ¿reestructurar una sonrisa no es otra cosa completamente distinta? *El Tiempo*, en su artículo llamado “Los cirujanos del bajo mundo” publicado luego de la captura de *Chupeta*, presentó dos historias de un odontólogo famoso –pero no identificado– de Bogotá que facilitaba a sus clientes paramilitares una nueva sonrisa, como si fuera una nueva nariz. Por mi parte, siento que hay algo más que me impresiona, alguna inefable radiación que habla de un nuevo núcleo. La palabra que se usa es “diseñar”, como los “*designer jeans*”, así que los cirujanos u odontólogos no simplemente hacen una nueva sonrisa sino que la diseñan, y mientras me es fácil imaginar las noches en vela que pasa el paciente calculando cuántos milímetros debe quitarse de su nariz, pienso que se re-

queriría muchísimo más para diseñar una nueva sonrisa que revele el ser interior que ilumina el mundo.

Uno de los hombres con una sonrisa diseñada como las que aparecen en la foto publicada en *El Tiempo* es la mismísima estrella del pelotón paramilitar colombiano, Salvatore Mancuso, formalmente acusado de haber cometido por lo menos ochenta y seis asesinatos –pero seguramente muchos más–, y de ser el cerebro detrás de los años de innumerable terror en el norte de Colombia, los cuales forjaron su enorme riqueza. Aliado de jueces, senadores, alcaldes locales, agentes de policía y de los más altos rangos de oficiales del ejército –rumor frecuente durante los últimos quince años pero sólo hasta ahora confirmado–, ha aceptado la generosa oferta del Gobierno de confesar su pecados – por lo menos algunos– a cambio de poder retener su riqueza mal ganada además de cuatro años adicionales en una celda bien equipada, con celulares para que pueda seguir vigilando sus negocios.

La sonrisa diseñada lleva a muchas cuestiones, entre ellas la de la sonrisa de la buena fortuna, que sonrío a estos paramilitares asesinos en serie. Pero también existen otras inquietudes metafísicas. Pregúntate qué tipo de sonrisa te gustaría tener. Pregúntate si alguna vez te has hecho esta pregunta, y piensa en tu respuesta. ¿No será que tu sonrisa te era desconocida, pero al mismo tiempo lo que te hacía único e incandescentemente vivo y humano para tus amigos? ¿Qué significa jugar con algo tan misterioso y fundamental como la sonrisa?

En su famoso ensayo sobre el cuentacuentos, Walter Benjamin escribe sobre la importancia de las conexiones que él ve entre la muerte y el contar cuentos. En un punto sugiere que cuando alguien muere, una secuencia de imágenes se libera dentro de la persona. Estas imágenes representan los encuentros que ha tenido consigo mismo durante su vida sin darse cuenta. La llegada de estas imágenes transmite una nueva apariencia a la cara del moribundo. Según Benjamin, para los testigos de esta nueva apariencia es un momento inolvidable. Apariencia que confiere autoridad a todo lo que tenga que ver con el moribundo. Es la fuente del arte del cuentacuentos⁶.

Esto tiene el mérito de hacerte pensar dos veces antes de cambiar de cara pues, ¿que ocurriría entonces al mecanismo intrincado de Benjamin? ¿Qué podría pasar a la secuencia de imágenes que se desenvuelve a la hora de tu muerte en la cual, sin darte cuenta, te encontrabas a ti mismo durante toda tu vida, y cuáles serían las consecuencias –graves es de suponer– para el arte de contar cuentos, el pegamento mismo que amarra nuestras vidas sobre esta pobre tierra?

6 Walter Benjamin, "The Storyteller," p. 94.

Al dibujar la cara de su padre a la hora de su muerte, John Berger nos cuenta que mientras esbozó su boca, sus cejas, sus párpados, sentía la historia y la experiencia que los había hecho lo que fueron. Como el registro que hizo Berger, la cara de su padre fue un registro de su vida⁷.

¿Por qué, entonces, querrá un hombre como Mancuso cambiar así su sonrisa? Después de todo, no se trata de ningún *Chupeta*, un narco prófugo que opta por desaparecer en un pantano de identidades múltiples en São Paulo. Al contrario, éste es un hombre totalmente investido de una identidad fija –una mega identidad si se quiere– que escogió una celda en la cárcel por encima de la fuga y cuyo continuo éxito como practicante discreto de las artes del terror depende de su capacidad de seguir siendo siempre el mismo, el verdugo estatal, o más bien, el verdugo estatal *no-oficial*.

¿Es posible que su práctica haya por fin alcanzado a su sonrisa? Después de todo, la cirugía plástica es el acto característico de los paras cuya estrategia –si se pudiera utilizar una palabra tan elegante para describir un acto tan elemental– para enviar un mensaje inconfundible fue la mutilación con su instrumento preferido, la motosierra. ¿Es posible que esta obsesión con la sonrisa sea como una película de terror de tercera categoría en la cual las caras sonrientes van mano a mano con los cuerpos mutilados, la bella y la bestia, el villano de risa ahogada con sus instrumentos de tortura violando a sus víctimas? Entre más los mutila, más llama a su odontólogo elegante para que le mejore su sonrisa.

Lo que busco representar con esta fusión incómoda de la cirugía plástica y la mutilación es que Colombia presenta una confluencia de cirugías y manipulaciones corporales que son radicales, únicas y aterradoras –equivalentes, me atrevo a decir– a una fase totalmente nueva en lo que significa ser humano. Esto ocurre sin duda mundialmente, sólo que en Colombia ha adquirido, creo yo, un ritmo acelerado y un significado agudo, ya que el cuerpo humano es visto ahora por todas las clases sociales como algo eminentemente mutable, como la arcilla con que el Creador moldeó los primeros seres humanos.

Sin embargo, tan remarcable como la maleabilidad de este arcilla, es la ansiedad por la perfección –el culo perfecto, la cintura, el pecho, el cabello, la piel, y la cara todos perfectos–, que desde luego siempre ha estado presente en la humanidad, pero que en ciertas culturas y en ciertos momentos ha estado mucho más pronunciada que en otros, algo que me llamó mucho la atención al ver mi primera azafata venezolana en 1987. Lo que Colombia suma a esta larga pasión por la belleza es su cultura de la droga, es decir el estilo cultural

7 John Berger, "Drawn to That Moment," published in *Berger on Drawing* (Cork, Ireland: Occasional Press, 2005), pp. 67-72 (first appeared in *New Society* magazine, 1976, and it was also published in the collection *The White Bird*, by Hogarth Press in 1985.)

de la llamada mafia o *los narcos* con sus establos de caballos, mujeres y carros extravagantes. No es ningún azar que se diga que los mafiosos manejan a muchas, si no a todas, las reinas de belleza y a los expertos cirujanos colombianos que las perfeccionan. Teniendo en las manos de los *paras* por lo menos la mitad de toda la droga que sale del país, siendo la línea que separa a los *narcos* de los *paras* bastante borrosa, y como la cirugía embellecedora está ligada de esta manera al crimen y al terror, ¿no es lógico que la bella y la bestia, o al menos la bella y la violencia, formen pareja? No menos sorprendente es el hecho de que desde hace mucho tiempo el Estado colombiano existe como fachada, al punto que uno podría perfectamente ver el gran cuerpo sujeto al bisturí —el bisturí del cirujano— como el mismo cuerpo del Estado-nación. La sonrisa de Mancuso lo dice todo. Pero luego uno tiene que preguntar —teniendo en cuenta la idea de Benjamin de la cara del moribundo—, ¿qué le pasa a la cadena de imágenes de uno mismo en el momento de morir? ¿Qué le pasa a la historia en este caso? Es una pregunta especialmente pertinente ahora que me toca dejar las historias de los periódicos *à la* Caillois para mirar las historias que nos contamos los unos a los otros, historias que sin duda influyen sobre los medios tanto como son influenciados por ellos.

QUINTA PARTE: LA MOMIA

Este cuerpo Estado-nación es el mismo cuerpo que Alberto, el taxista, transporta enmudecido y amarrado desde el cuello hasta las rodillas —“como una momia” dice Alberto— en el asiento de atrás de su taxi que sale disparado de la clínica en Cali hacia la casa de la paciente en un pueblito a una hora al sur de la ciudad. “¡Ay, qué problema!”, suspira. “Pero las mujeres de hoy en día son vanidosas. Todas quieren ser reinas de belleza”.

¿Vanidad?

Me pareció un poco extraño. Mejor dicho, ¿quién no es vanidoso? ¿No lo son los hombres también? ¿Mancuso, por ejemplo? ¿Y por qué es pecado la vanidad?

Me parece que la vanidad se puede dividir en dos categorías muy distintas: la vanidad masculina y la femenina. A una mujer se le permite ser vanidosa. Hasta se supone que lo debe ser. Sin embargo, es señal de debilidad, una debilidad moral. Ser vanidoso para un hombre es ser femenino, indica inseguridad, lo cual por supuesto no es nada varonil, de ahí el *Viagra* y las ayudas técnicas para engrosar el órgano masculino. Pero la vanidad entonces parece no aplicar aquí. Entre las mujeres, tiene que ver con las apariencias. Entre los hombres, con lo que se esconde.

Pero eso no es exactamente verdad. ¿Qué me dicen de las barrigas de los hombres? ¿Con qué frecuencia sobresalen de manera sorprendente hasta desafiar radicalmente las leyes de la naturaleza! Pienso en un dibujo que hice de

estas protuberancias en uno de mis cuadernos mientras esperaba en el aeropuerto de Guapi, en la Costa Pacífica de Colombia, donde hoy en día uno ve muchos personajes sospechosos. Frente a mí había tres hombres sentados. Le pregunté a mi compañera de quince años, una niña de la Costa que conozco desde que ella nació: “¿Narcos?”. Ella asintió.

Mi cuaderno dice: “Dos de los hombres (negros), más o menos jóvenes –de unos cuarenta años–, los más gordos que yo haya visto en mi vida, están sentados en el aeropuerto con un horrible crápula blanco que tiene boca de sapo y una cara que hace juego con la boca”. Los dibujé con mi esfero y atravesé las barrigas de los dos hombres gordos con un brochazo de acuarela color café para luego marcar encima: “como mujeres embarazadas”.

Hay otra nota que también se refiere a uno de los gordos: “camisa llamativa, una telaraña negra estampada en la camiseta blanca”, mientras que a *Cara-de-sapo* se le observa un “estuche de computador en cuero costoso con puntadas blancas. Es su único equipaje, aparte de una bolsa chiquita de equipaje de mano, también muy costosa”.

He aquí entonces mi conclusión. Estos hombres exhiben gran vanidad –en ropa y equipaje–, pero su vanidad desaparece cuando se trata de sus cuerpos que son grotescos, peores que lo grotesco. Ésta sería la causa, si alguna vez hubo alguna, para una cirugía plástica radical. Además, barrigas como éstas no son nada raras. En las comunidades pobres, a los hombres prósperos se les detecta inmediatamente por sus protuberantes barrigas.

¿Y la conclusión de mi conclusión? Mientras que las mujeres en general deben tener “cuerpos perfectos”, a los hombres se les permite menos que la perfección. Los hombres, podríamos decir, son “naturales”. Y como las bolsas costosas y las camisas llamativas, la mujer, como carne, es el accesorio llamativo del hombre.

“Hoy en día son vanidosas”. No ayer, sino hoy. Si nos basamos en esto, la velocidad del cambio es electrizante. Un joven productor del programa de televisión colombiano, *Cambio extremo* –basado en el programa norteamericano, *Extreme Makeover*–, que ofrece cirugía estética gratis para poder alterar radicalmente una persona, me cuenta que más de veinte mil voluntarios respondieron al aviso clasificado.

A veces puede parecer que la humanidad entera, o por lo menos la mitad femenina en Cali, se está haciendo operar mientras hablo. Hoy en día sería bien difícil encontrar en aquella ciudad una mujer joven o de mediana edad sin los senos engrosados y más visibles, hasta asombrosos, por su gran escote. La desilusión más aplastante para la militante holandesa Tanja Nimeijer, miembro del ejército de las FARC cuyo diario fue encontrado recientemente por el Ejército colombiano, fue que las amigas de los comandantes guerrilleros te-

nían todas implantes de seno. En Pereira, según un joven profesor de derecha de esta ciudad, hay una clínica de cirugía plástica al lado del aeropuerto, y en el aeropuerto hay unos policías cuyo trabajo consiste en verificar que las hordas de pasajeros volando, luego de la cirugía, tengan sus senos falsos implantados por lo menos una semana antes de viajar, si no, pueden explotar en pleno vuelo debido a los cambios de presión –Pereira es el lugar donde se sitúa el *bestseller* reciente y su adaptación para la televisión, *Sin tetas no hay paraíso*–. En los Estados Unidos, se habla cada vez más del “gorila de ochocientas libras en la sala”, lo cual significa una presencia importante invisible que nadie quiere reconocer. Bueno, en el aeropuerto de Cali –y esto lo sé por mi propia experiencia, y me imagino que lo mismo sucede en Pereira–, uno podría fácilmente reemplazar el gorila de ochocientas libras que todos ignoran por “los senos de quinientos centímetros cúbicos”. Estos senos siguen siendo, hasta donde yo sé, innombrables y, quién sabe, prácticamente invisibles, como el escotoma o punto ciego de Sigmund Freud, inventado para explicar el hecho de ver y al mismo tiempo no ver el falo de la mamá. Consecuencias fascinantes surgen de este escotoma, y vienen siendo lo que Freud en un momento llamó el fetiche, revelando y escondiendo el antes mencionado y misterioso órgano maternal. ¿Es por esto que Alberto pudo referirse tan a la ligera a las momias que llevaba en el asiento trasero de su taxi amarillo que corría de la clínica a la casa?

SEXTA PARTE: EL CUERPO DISEÑADO

Para complicar aún más las cosas, ni Alberto ni ninguno de los otros con los que hablé sintieron vergüenza al tocar el asunto. A veces eran más bien clínicos e imparciales, y otras veces parecieron felices de poder utilizar un lenguaje gestual para representar los cambios en las partes corporales. Casi todas las personas con las que hablo en Colombia, tanto mujeres como hombres, ricos como pobres, parecen ser expertos en el tema de la cirugía estética, de la misma forma como los campesinos en las serranías o selvas lejanas abren hábilmente sus celulares Nokia con una navajita, la uña o con la punta de un machete afilado. Lo que yo creía algo privado –preferiblemente no expresado, como por ejemplo los senos de alguien o su atractivo sexual, fue en realidad un secreto abierto, conocido por todos. Era como si una vez presentes la idea de *cirugía* y el aura de la *tecnología*, se alterase la naturaleza de la conversación. Los aspectos hasta entonces sacrosantos del Ser se empelotaban rápidamente.

“Muchas prostitutas vienen desde Europa y los Estados Unidos”, me asegura Alberto. Es mucho más económico aquí, y Colombia tiene una reputación asegurada en las artes del embellecimiento, sobre todo en las ciudades de Cali y Medellín. Cali siempre ha sido famosa por sus mujeres “*sexys*”. En los setenta, muchas canciones de salsa fueron compuestas en su honor, apoyándose en la

gloria de esta ciudad, como si todo fuera sólo una preparación para esta avalancha quirúrgica que siguió a las quiebras y ganancias del negocio de la cocaína. ¿Pero esto no presenta un problema? ¿No va directo al meollo del asunto de la vanidad y del tratamiento del cuerpo de uno mismo como una pieza de exhibición, cuando las primeras imágenes que vienen a la mente son las de prostitutas buscando un arreglo barato?

Creo que lo que más impresionó a Alberto fue el peligro y el drama de las intervenciones, y de ahí su imagen vívida de la momia y el hecho de que solamente ayer –me dijo–, en el pueblito que acababamos de dejar atrás en el calor de mediodía, ahogándose de sudor en los campos de azúcar, una joven mujer yacía en coma luego de una liposucción, o “*la lipo*” como la llaman por acá.

Traté de no pensar en su sufrimiento, pero no logré borrar las imágenes de oscuridad y dolor encerradas en un cuarto sin aire y llenándose de miedo.

El pueblo es pobre. Es negro. El salario diario para un trabajador no calificado es el equivalente a unos \$7.50 dólares. Un tal doctor Valencia ha puesto un chuzo que ofrece *la lipo* por tres mil quinientos dólares.

Un amigo que conozco desde 1970 me cuenta que su hijastra Ángela María está en casa en un barrio de invasión caleño del distrito de Aguablanca, recuperándose desde hace seis semanas de una *lipo* de hombros, cintura y abdomen que costó unos dos mil quinientos dólares en Bogotá, donde ella trabaja como empleada doméstica interna. ¿Su edad? ¡Veintisiete años! El dolor es intenso. Durante todo este tiempo ha portado una faja apretada para reducir la inflamación. No puede trabajar y requiere de una dieta especial. “Vuelve si uno no se cuida”, me advierte. “¡Pues entonces te haces otra *lipo*!”, interviene Robinson, de no más de quince años. “¿Era gorda?”, pregunté sin rodeos. “No, Miguel. Como Anabeba, allí”, replica mi amigo, señalando a su prima de unos cuarenta años, una mujer de una anchura innegable, pero fuerte y ágil.

Yo llamé a Ángela María desde el aeropuerto. “Fue horrible”, me dice. Se había hinchado terriblemente. La faja que baja desde su barbilla hasta la mitad de sus muslos debe permanecer durante dos meses. Como con todos los que hablo, enfatiza en la tecnología –los exámenes en laboratorios y el trabajo clínico y el hecho de que la clínica fue *recomendada*–. “¿Y entonces por qué te hiciste la *lipo*?”, pregunto. “Porque todas mis amigas son flacas y yo quería ser como ellas”.

¿Qué más puede decirse por teléfono a una persona prácticamente desconocida? Sin embargo, lo que comunicaba su voz fue vigorizante; una persona valiente y animada; justo lo que uno esperaría de una joven mujer de Aguablanca.

¿Y mi amigo de hace varias décadas? No lo veía desde hace diez años y la vida lo había maltratado últimamente: separado de su mujer e incapaz de ganarse más que una vida miserable como fotógrafo harapiento en los tugurios de Cali. En vez de aparentar sus cincuenta años, parecía un cadáver ambulante,

nada más que piel y huesos; sus ojos, unas órbitas vacías con párpados enormes; pómulos salientes, labios retraídos que mostraban una dentadura sobresaliente. Esto fue el lado opuesto de la “cirugía plástica” llevado a cabo por la pobreza. El lado opuesto de la delgadez.

“Hay gente que se ha muerto después de la *lipo*”, me cuenta. Recientemente vio un informe en un noticiero de televisión. “Tenía sólo veinte añitos”, interpone Anabeba, quien hasta donde yo sé jamás consideraría hacerse la *lipo*. “¿Y esa mujer que viajó a Cali desde los Estados Unidos para hacerse la *lipo*?”, dice mi viejo amigo. “Ella también murió... Ahora es la moda, todo el mundo se la hace. Los burdeles prestan la plata, igualitos a un banco”.

Otro amigo de Río Timbiquí, en el remoto Pacífico colombiano al otro lado de la enorme cordillera andina, el hogar de los descendientes de esclavos africanos, y aún más pobre que el pueblo donde yo me encuentro, me asegura que allá también la *lipo* está muy de moda, al igual que la naciente economía de la coca.

¿Los pobres están tan obsesionados con la flacura como los ricos? ¿Qué cambio tan drástico en la historia de nuestra especie! ¿Y qué me dicen de las razas? ¿Intentan los negros ser blancos a través de la flacura? ¿Equivale esta nueva flacura a una imitación de lo que podríamos llamar un cuerpo blanco? Yo creo que sí. Pero creo también que existe una imitación al revés. Cuando pregunté a un par de colegialas de unos catorce años vestidas de sudaderas verdes en las afueras campestres de Cali lo que pensaban de la *lipo*, ellas sacaron la historia de una de sus profesoras, una mujer blanca de unos veinte años que se había operado el culo para que fuera más prominente. “Tú sabes”, se rieron, “las mujeres blancas no tienen casi culo”. Pero ellas no utilizaron la palabra “culo”. Ellas dijeron “*pompis*”.

Grandes remolques cargados de caña de azúcar pasaron retumbando, levantando nubes de polvo, caña de azúcar sembrada en tierras que antes pertenecían a campesinos humildes, ahora obligados a ganarse un salario diario trabajando para la hacienda, y con hijas viajando a la ciudad para trabajar como empleadas domésticas internas, con un día de descanso cada quince días. Pensé en lo extraño que podría ser para esta profesora pararse todos los días a escribir en el tablero frente a estas colegialas, exhibiendo su “*pompis*” nuevecito, inspirado en las negritudes.

¿Es la nueva cirugía del cuerpo, sobre todo la *lipo*, el equivalente a la introducción de la televisión, los carros, los celulares y los computadores? Pero con respecto a su influencia sobre nuestro cuerpo, sobre la forma y la sustancia que rodea nuestras almas y que les permite expresarse, ¿no es la *lipo* mucho más milagrosa que todos estos aparatos tecnológicos, siendo de hecho lo que resume el sueño y la pesadilla faústica de la modernización, como el matrimonio entre la tecnología y el alma a través de la fisonomía?

Es inevitable invocar a Fausto, el sueño de usar la magia o un pacto con el diablo para lograr lo que sea con la tecnología, sea la química, la ingeniería, la medicina, la cirugía, o la genética. *Cambio extremo*, por ejemplo, será quizás recordado vívidamente por su transformación de gente gorda y fea en bellezas esbeltas. Pero de vez en cuando el programa fabrica prótesis artificiales maravillosamente útiles, implantes odontológicos que pueden realmente morder comida, y hasta restauran el oído. La idea detrás de esto es la maravilla de la tecnología moderna, canalizada en los muchos más antiguos sueños de dominar la naturaleza.

En situaciones coloniales, o casi coloniales, esta maravilla tiene muchas veces un filo adicional, una cierta inocencia o ingenuidad. Los milagros aplicados a los santos se extienden fácilmente al abuso masivo del DDT en casa, o a los insecticidas tóxicos en algodón, tomates y caña de azúcar. La creencia en las propiedades curativas de la farmacéutica moderna es impresionante. El campesino más pobre pagará, sin importarle el precio, por la última bala mágica. La revolución audiovisual –CD's, DVD's, y amplificadores– se manifiesta espectacularmente en las calles. Los Estados Unidos se ven como el lugar donde no solamente se pavimentan las calles con oro, sino también el lugar donde la magia de la tecnología se inventa. La cirugía plástica no es sino otro elemento en este arsenal.

¿Y cómo se habla de los cambios de moda en general, respetando los bombardeos energéticos del gusto del momento? Yo me acuerdo de la época, a principios de los setenta, cuando los *jeans* eran la cosa más buscada en Colombia. En Cali rogaban a los gringos que vendieran sus viejos *jeans* usados aunque fuera a un precio fenomenal. Expertos predijeron un cambio mundial en el cuerpo humano, tanto en el masculino como en el femenino, para poder entrar en este tipo de pantalón. O en los zapatos como los Adidas o los Nike. Desde el final de los ochenta en adelante, los jóvenes de los barrios pobres mataban para conseguirse un par de tenis, reales o falsos, arrebatándolos del cuerpo aún caliente del cadáver sangriento.

“La moda” parece algo de poca importancia en el mundo masculino de los Grandes Eventos; algo para las últimas páginas del periódico y para los suplementos de fin de semana. La moda no es nada comparada con los titulares sobre drogas y guerrilla, paramilitares y corrupción, el fútbol y la taza de cambio. Pero esto no es menos un escotoma que el conjurado por Freud. De hecho, ¿no es la moda lo que impulsa el espíritu humano, sin hablar de su equivalente laico llamado “economía”, nuestra ansia de exceso, la necesidad de “ser del momento”? ¿Y no es la muerte lo que define la moda cuya finalidad es ceder a la siguiente moda? Sólo en el caso de la lipo la muerte pareciera ser demasiado real, por lo menos en las historias que cuenta la gente.

Mi amiga costurera, M., de cincuenta y ocho años, ve una conexión cercana de ésta con el auge de la industria de la moda, muy marcada sobre todo en Cali por diseñadores famosos y modelos famosas a quienes se les saca las costillas inferiores para crear una cintura más delgada, como Dios lo hizo alguna vez, por otras razones. “Está en todas partes”, insiste ella, refiriéndose a la cirugía plástica.

¡En cualquier garaje, con cualquier enfermera, o con cualquiera que haya terminado un curso de salud! ¡Es la industria de mayor crecimiento en Colombia! Se puede eliminar el defecto que quieras, –enfatisa–. Cualquier defecto. Se reconstruye la virginidad. Lo vi en televisión. ¡Puede hacer lo que quiera! ¡Lo que quiera! ¡Lo único que le queda a la persona es el nombre!

Por un momento pensé que se refería a la limpieza de hace cinco años en un pueblo a las afueras de Cali. Limpieza en el sentido de que se limpia una casa de brujería o de espíritus malos, o se limpia un pueblo asesinando a los ladrones, los hampones, los bazuqueros, y los jóvenes con tendencias homicidas, manipulados por un titiritero que jala los hilos en la trasescena.

Fue difícil no relacionar la belleza con la muerte, sobre todo cuando M. y su vecina siguieron emocionadas, relatando los riesgos de la cirugía plástica. La sobrina de M., una enfermera que trabaja en una clínica elegante de Cali, se hizo operar la nariz hace poco por un médico en una clínica de la ciudad. Como muchas afrocolombianas, no le gustaba su nariz “chata”, como la llaman en estos lares. Esto coincide con lo que me contó M.: “¡Sí! Hay modelos negras en la industria de la moda pero tienen que cambiar su nariz y el color de sus ojos”.

Pero volviendo a la historia de su sobrina,

Unos días antes de salir de vacaciones, el doctor que la operó la afaná diciendo “¡Tengo que operar tu nariz lo más pronto posible antes de irme!”. Pero la operación, destinada a reparar el daño ocasionado por una operación anterior, no salió bien –¡acuérdense de *Chupeta*!–. Unos meses después volvió donde otro cirujano para una tercera intervención. Ahora respira como un gato. ¿Se acuerda de la respiración de los gatos? Uno la oye respirar a varios metros. Tiene dolor de cabeza todo el tiempo porque entra y sale de cuartos con aire acondicionado y no logra respirar bien.

Más tarde me di cuenta de que esta sobrina padecía trastornos mentales. No sé, sin embargo, si este hecho diluye la importancia de tal cirugía, ni de la liposucción que siguió –liposucción hecha en el cuerpo de una mujer delgada de veintinueve años!–. Dijo que quería ponerse la ropa que le quedaba apretada. Pero una vez operada se dio cuenta que de todas maneras no podía ponérsela. “Siento vergüenza ante Dios”, dijo ella. Ahora gasta su dinero compulsivamen-

te, encerrada en su alcoba hasta el amanecer, catalogando las piedras semi preciosas que ha acumulado junto con innumerables objetos en bronce que llenan cada centímetro de su espacio, excepto por la cama cubierta de dinero. Ha comprado un carro nuevo, impensable hasta hace pocos años para la mayoría de las personas de este pueblo, y lo maneja a toda velocidad.

Además, la pregunta que le hice a su preocupada tía tenía la moralidad de un cuento de hadas: “¿El dinero que ahora gana como enfermera la ha hecho sentir más feliz?”. ¿Puedes imaginar que le sucediera algo semejante a alguna de tus tías campesinas o a tus abuelos?

“Por supuesto que no”, replicó bruscamente.

Una amiga de esta sobrina se hizo un aumento de senos pero se le infectaron y terminaron haciéndole una mastectomía doble. Otras mujeres se han agrandado los ojos para luego no poder cerrarlos. “¡Imagínate!”, interviene una vecina. “¡Imagínate tratando de dormir!”. M. recuerda la historia de un padre de familia en algún lugar de Colombia que regaló la liposucción a sus hijas mellizas para celebrarles sus quince años. También cuenta la historia de dos hermanas que murieron debido a un error con la anestesia durante una cirugía plástica que también fue un regalo de cumpleaños. Mi amiga S. en Bogotá me cuenta que hay una tendencia a *la lipo* en serie. Te haces una, te vuelves a engordar, luego viene la segunda, y así continuamente. Recuerda la historia de una cantante famosa de origen humilde, que con menos de treinta años se hizo *la lipo* por tercera vez, y ahora apenas camina. Y siguen las historias.

Maradona, el famoso futbolista argentino, ahora más ancho que alto debido a su obesidad, vino a Colombia para que le cerraran el estómago en Cartagena. “La gente llega desde los Estados Unidos, y Colombia ahora le gana a Brasil en este medio”, dice M. preparándome el almuerzo en su casa de concreto asfíxante en las afueras de la ciudad, mientras yo miro lo que pareciera ser un documental pero que en realidad no es sino una publicidad de diez minutos para una “faja vibradora” para eliminar la grasa a través del *masaje electrónico*. “Hay gente que se ha muerto de intestinos perforados”, me dijo.

Supongo que esto es aún peor que lo que me contó Gloria, mi amiga música. Su amiga aumentó su culo con silicona tantas veces que finalmente se le fue deslizando por encima de las piernas. *La lipo* es una locura, peligrosa, me dice. “Ciertos cuerpos no la aguantan. De todas maneras”, continúa, “uno quiere a una persona a pesar de su apariencia. A medida que envejeces, pierdes la belleza de tu juventud, ¿pero qué importa!”. Fácil para Gloria. Ella es protestante ferviente. Las cosas de este mundo, aparte de su canto y la música, no parecerían importarle mucho.

Vuelvo a pensar en la mujer que quedó en coma.

SÉPTIMA PARTE: LA BAILARINA

“Colombia está al mismo nivel que el Brasil”, me informó un médico de la unidad de cirugía plástica en el hospital estatal de Cali, “y ambos son líderes mundiales en el campo de la cirugía plástica”. Me acordé del presidente marxista (¿o ex-marxista?) del Brasil en los ochenta, un hombre con unos sesenta años y una cara sin una arruga, estirada como una sábana blanca. El médico, con su aire calmado, analítico, reconfortante, me hizo un resumen del tamaño ideal de seno: ciento cincuenta a doscientos centímetros cúbicos en Europa; quinientos para las latinas; pequeños para las de la costa oriental de los Estados Unidos, como en Europa; bien grandes para las del sur de California y la Florida, hasta los quinientos centímetros cúbicos.

Luego de que su asistente pasara un buen rato buscando, el médico pudo mostrarme un bulto de unas dieciocho pulgadas de largo con cinco cánulas utilizadas en una *lipo* típica, instrumentos pesados con una buena empuñadura en un extremo y huecos en el otro. En el piso había una bomba aspiradora reluciente hecha en acero inoxidable y una botella de vidrio donde iban a parar la grasa y la sangre luego de ser succionadas del cuerpo. Me cuenta que la liposucción empezó en Francia con la idea de esculpir el cuerpo.

Había escuchado esta frase –“esculpir el cuerpo”– varias veces anteriormente y debo decir que me afectó bastante. Si *Botox* para eliminar las arrugas, y cirugía plástica para la nariz y hasta para la sonrisa representan una intromisión en la naturaleza, ¿cuánto más lo es esta idea de esculpir el cuerpo humano?

Las palabras me hacen pensar no solamente en el Creador con su arcilla moldeable, sino también por alguna razón en las esculturas de hielo. Tal vez porque, a diferencia de la arcilla moldeable, el hielo es limpio y puro y duro, y sin embargo pasivo en las manos del escultor. Además, como en un cuento de hadas, su vida está destinada a ser corta. Se derrite en temperaturas a las cuales los humanos están acostumbrados. No puede durar.

Y como en un cuento de hadas, a continuación el médico me contó que el interés francés –originalmente– por la liposucción –la cual se ubicó erróneamente en la mitad del siglo diecinueve en vez del siglo veinte–, cesó repentinamente con la muerte de una bailarina famosa cuyas arterias se cortaron con el filo de la herramienta utilizada para succionar la grasa. Me dijo el nombre de la bailarina pero se me olvidó apuntarlo y ahora no me acuerdo.

Así que no me tocó salir a buscar la bestia de la bella. Estaba aquí desde el comienzo, donde se hacen las momias, aquí en el segundo piso del principal hospital público de la ciudad, el corazón de la *lipo*; aunque al principio me perdí deambulando entre las pilas de desechos en las afueras del hospital, sorprendido por un hombre con máscara de gasa que empujaba un cadáver boca arriba en una camilla; los pies descalzos del muerto sobrepasaban la sábana que tapa-

ba su cabeza y su cara. Luego me pregunté si aquellos pies no me estaban preparando para la triste historia de la bailarina, si la cara tapada no era una señal de respeto tanto para los muertos como para la resplandeciente importancia de la cara durante la vida.

OCTAVA PARTE: EL ESCOTE TABÚ

Al salir del hospital vi la gordura por todas partes. Mi vida había cambiado. Ahora me sentía como una especie de supermodelo, hipersensible a la adiposidad reinante.

Alrededor vi mujeres jóvenes y ni tan jóvenes en blusas ombligueras mostrando sus estómagos, revelando el ombligo y el “rollito” de gordo sobresaliendo de los bordes de sus *jeans* de corte bajo –definitivamente, candidatas para un poco de *lipo*–. Cuando se agachan o se doblan, se estalla a la vista la rajadura tabú entre las nalgas, muchas veces decorada con un tatuaje de una flor o un diseño cósmico.

Cuando vine aquí por primera vez en 1969 era un tabú para las mujeres usar pantalones. Desde entonces el mundo se ha vuelto más chiquito y los pantalones se han difundido. Curiosamente, muchas de las tensiones transgresivas han perdurado. Por ejemplo, ahora se exhibe más piel femenina y por lo tanto de cierta manera se ha roto el tabú. ¿Pero, está roto de verdad? Más bien se ha complicado. Ahora la rajadura es visible, dependiendo de la postura, pero como los senos protuberantes en el aeropuerto de Cali, no se ve realmente, como sujeta al escotoma de Freud.

La llegada de los pantalones me da ganas de preguntar: ¿cuándo tendremos una historia de la belleza? ¿Para cuándo la historia de los salones de belleza y las prácticas embellecedoras en los pueblitos colombianos, o en cualquier parte del mundo? ¿Y por qué quiero esto?

Junto con la creciente multiplicación de las farmacias en Latinoamérica que es mayor, me atrevo a decir, que en Europa o Norteamérica, existe la de los peluqueros, estilistas y salones de belleza. En el pueblo empobrecido y negro donde viví en el sur de Cali a los principios de los setenta, me acuerdo de un solo salón de belleza. Aquel salón era básicamente la sala de la casa del propietario. El pueblo tenía unos doce mil habitantes en ese momento y la mayoría de las jóvenes mantenían el cabello en rulos, hechos generalmente con un cilindro en cartón tomado del interior de los rollos de papel higiénico. Ellas se los ponían solitas en casa, tal vez con la ayuda de su madre, una hermana, una hija o una amiga. Las mujeres los mantenían puestos durante lo que me parecían días enteros, dentro de la casa y en la calle, así que parecía natural, como el mismo cabello. Más tarde empezaron a usar los rulos plásticos de colores vivos, azules y amarillos brillantes por ejemplo, que como los rulos en cartón se volvieron adornos embellece-

dores y no solamente los medios para un fin —siendo el fin el cabello liso—. Todo esto ha desaparecido con la llegada de las lociones para alisar el pelo y los cuidados suaves de los magos y diosas que consienten a las mujeres en sus salones. Los ingresos reales *per cápita* del pueblo seguramente no han subido, pero el número de salones está por el cielo, junto con las farmacias, la moda floreciente, y la erotización de la vida cotidiana. Te das cuenta de que en Latinoamérica ha ocurrido una revolución sexual cuando ves un estante entero en la librería del aeropuerto orgullosamente exhibiendo libros como *El Kama Sutra para lesbianas*.

Una historia de la belleza. ¿Por qué parece tan extraño?

¿Y cómo se conectaría tal historia con la adiposidad reinante y con el resollar asmático de los carros destartados que ahora ve uno por todas partes como polillas moribundas regadas alrededor de una lámpara? Cuando llegué por primera vez a finales de 1969 creo que no había ni un solo carro. ¡Camiones, sí! Y dos *jeeps* marca Nissan para los administradores de la hacienda de caña, además un viejo Willys para el mecánico dueño del taller. Pero no había carros para la gente común y corriente.

Consumido por estos pensamientos, me monté en un bus que llevaba a los pobres desde el hospital en Cali hasta el pueblito donde yo estaba viviendo. Un muchacho gordo de unos quince años, vestido con ropa costosa estaba sentado en la silla prestigiosa al lado del conductor, ambos manoseando a la ayudante, una joven núbil sentada entre ellos con un rollito de barriga expuesto. No creo que yo haya visto alguna vez jóvenes gordos como éste, la imagen pura de la indolencia. Mis pensamientos volaron hacia los cortadores de caña flacos como una cuchilla que crean la riqueza no-cocaína de esta tierra, hacia mi amigo fotógrafo en Agua Blanca, un cadáver ambulante con sus ojos encapuchados y sus labios retirados de sus dientes como si no desearan otra cosa que lanzarse sobre un bistec.

Cuando el bus entró en el pueblo polvoriento, pasé por la caseta donde vende hierbas medicinales el indio putumayo, Antonio Benavides, a quien conozco desde hace décadas. Tales yerbateros son famosos tanto por su magia como por su botánica. De hecho sería un error separar el uno del otro. Durante los diez minutos en que charlamos pasaron dos mujeres. La primera tenía un cuerpo enorme, sobre todo su trasero. La segunda parecía pertenecer a un estrato económico más alto, no era tan gorda pero obesa sin embargo, a mi modo de ver. Ambas querían algo que yo nunca había oído nombrar en mi vida: hierbas para perder peso. Él afirmó tener justo lo necesario: una jarabe para adelgazar, pero se negó a contarme lo que contenía. Semejante hierba es una novedad total en la farmacopea folclórica, pero como magia está seguramente a la altura de la situación actual. Obviamente no de una forma tan dramática como la lipo con sus cánulas y fajas que envuelven las momias de Alberto mientras salen voladas de Cali en taxis veloces, pero no menos mítica.

En los setenta, cuando conocías un campesino de la región, y una vez terminadas las elaboradas formalidades del saludo, de vez en cuando al etnógrafo le sobaban la pantorrilla en busca de su grasa que es considerada un signo de buena salud –y quizás algo más, un pedacito de aquella promesa de buena suerte que traen aquellos a quienes los dioses les sonríen–. Entre estos afrocolombianos, los que tenían la fortuna de ser más que músculo y hueso, cargaban su peso graciosamente sobre anchos hombros y extremidades largas. De otra parte, las madres eran excesivamente sensibles a ese otro gordo, el falso gordo de sus niños inflados por la malnutrición. En resumidas cuentas, se puede decir que existía una preciosa sensibilidad en cuanto a la masa y sustancia del cuerpo en una economía de poca comida y mucho trabajo manual bajo el sol ardiente.

En aquellos tiempos, la gordura significaba riqueza y la gordura era buena. Pero al mismo tiempo, la gordura podría despertar envidia en los demás, así que ten cuidado con esa mano acariciando tu pantorrilla gordita o aquella voz ronroneando con admiración, entre risitas y bromas. Sin embargo, cuando vuelvo a pensarlo, el único caso de verdadero temor a la brujería que yo conocí, fue el del hombre más pobre de la región. Era desesperadamente flaco, como un espantapájaros con ropa hecha trizas, pidiendo plata con su mano flacuchenta estirada como una garra. De hecho fue él quien me enseñó en 1972 mi primera lección de brujería, el arte fantástico del maleficio. He ahí otra combinación de la bella y la bestia.

Pero en aquella ocasión por lo menos se trataba de una persona. Esta inabarcable y quizás enigmática figura del supuesto brujo es a la vez alarmante e irreal. Pero cuánto más real era esa sombra anónima comparada con el escote tabú que hoy aparece cuando nos confrontamos a la fuerza anónima de la moda, sin hablar de la envidia que sentimos frente al Otro, delgado y bello, hasta momificarnos y reducirnos a simples juguetes de los dioses. —